

Margarita, discípula de Jesús “pobre entre los pobres”

Toda mi vida he querido ser pobre entre los pobres y ahora, también al final de mi vida voy a poder serlo.” Fue su comentario al anunciarme que disponía de una plaza en la Residencia de las Hermanitas de los Pobres, y tenía que ingresar ya para no perderla. ¡Cuánto he agradecido! desde que la conocí el testimonio de su vida pobre y al servicio de los pobres que sin imposiciones ni estridencias ha ido animando suavemente en mí el deseo de seguir a Jesús pobre.

Hace más de 30 años que conocí a Margarita. Me acompañó en los Ejercicios en la vida –creo que fui la segunda persona en ser acompañada por ella- y aunque había tenido en dos momentos la oportunidad de hacerlos en silencio y a lo largo de treinta días, fue en esta ocasión cuando capté el regalo que Ignacio nos ofrece en los Ejercicios, tan fielmente presentados por ella. Entrar en su casa para la entrevista era un regalo, me ofrecía la posibilidad de sentir y gustar la sencillez y la pobreza. Su persona, su mobiliario sencillo pero tan armonizado, su biblioteca seleccionada y actualizada, todo invitaba a conocer y seguir a Jesús en lo cotidiano de la vida. A veces en su casa me encontraba a sus amigos, que habían llegado con ella desde la “corrala” en la que vivieron y tuvieron que abandonar rápidamente ante la amenaza de su derrumbamiento, o a los nuevos vecinos que encontraron en ella el amor y la amistad de la que les había privado la vida. ¡Cuánto la querían todos! Con qué cariño acogía a los antiguos y tejía amistad con los nuevos, entre ellos con la familia marroquí que la invitó a la boda de su hija o celebraban con ella la navidad o el fin del Ramadán por considerarla como de la familia.

Desde entonces he mantenido mi amistad y acompañamiento con Margarita, y siempre encontré en ella un testigo de Jesús pobre entre los pobres. Ella desaparecía para dejarle paso a él. No pretendía que la atención se parara en ella, de ahí la parquedad de sus palabras y la escucha atenta desde el corazón, una escucha orante. Evoco con asombro agradecido sus manos entrelazadas en actitud de acogida y su rostro sereno, reflejo de su escucha a los susurros del Espíritu para discernir la respuesta a dar, a veces con su silencio otras con una palabra y siempre con la paz reflejada en su rostro.

Evoco el inicio de la vocación de Margarita tal como ella me lo compartió. A los 18 años deseó ser Carmelita. Habló con un Carmelo, pero de pronto le hablan de las Hermanitas de Jesús, contemplativas en medio de los pobres, no duda, es su lugar, pero con su salud deficiente ¿la acogerán? Decide consultar al médico que de pequeña le había tratado en Portugal y como una de sus hermanas vive en esa ciudad se hospeda en su casa. El médico tras auscultarla le propuso operarla, pero a vida o muerte, ella aceptó y salió bien de la operación. Al anunciar a sus padres que deseaba entrar en las Hermanitas, su madre se opone, teme que la decisión sea fruto de un voto de su hija, por el logro de la operación. Margarita espera y por fin ingresa. Hace el noviciado en Portugal y visita al médico que le había salvado en una operación

a vida o muerte, El médico un hombre ya mayor, agnóstico o ateo, según me comentó Margarita, al ver vestida de Hermanita a la que había conocido con un vestido blanco se conmovió y escondiendo la cara entre sus manos susurró “Ahora entiendo por qué salió bien lo que no pudo salir”. Y ella misma se conmovía al contármelo ¿asombrada y agradecida por el regalo de Dios al llamarla?

Más tarde vivió Margarita la pobreza bajo la forma de tener que despojarse de lo que más quería, su vocación en las Hermanitas. Una serie de circunstancias dolorosas e inexplicables la llevaron a dejar la Institución, pero no su vocación de seguir a Jesús pobre en la espiritualidad y familia de Foucauld.

Y llegó el momento de su traslado a la Residencia de las Hermanitas de los Pobres para terminar sus días “pobre entre los pobres” conforme a su gran deseo. Poco a poco, y no sin dolor, se fue despojando de los vecinos, su casa, sus recuerdos, sus libros, su tiempo para participar en charlas y encuentros con libertad de horarios. En adelante vivirá confinada en una pequeña habitación, pero con un corazón abierto al mundo y a sus amigos de lejos o de cerca. Cuantas veces admiré su capacidad para adaptarse a unas costumbres tan distintas en todo a las suyas y que en ocasiones le hacían sufrir: horarios, liturgias, etc. Y cuánto la quisieron en la Residencia, tanto sus compañeras de piso y comedor como las religiosas y el capellán. En su funeral fue unánime su testimonio sobre el bien que Margarita les había hecho en su relativamente corta estancia entre ellos.

Hasta el final de su vida pudo Margarita realizar su gran deseo “ser pobre entre los pobres” Y fue muy grande mi alegría al ver que la enterraron en el panteón de las Hermanitas de Jesús con el nombre que tuvo en la Institución: Margarita Helena de Jesús Goldie.

Teresa Ruiz Ceberio